

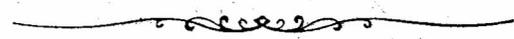
Disc. Apert. VA - 1509-70
869-70

12

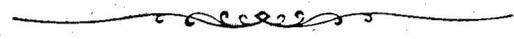
UNIVERSIDAD LITERARIA

DE

VALLADOLID.



DISCURSO INAUGURAL.



AÑO DE 1869.



Valladolid

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO

EN LA SOLEMNE APERTURA DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE VALLADOLID

EN 1.º DE OCTUBRE DE 1869,

POR EL CATEDRATICO

DOCTOR D. PASCUAL PASTOR.



VALLADOLID:

Imprenta y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez,
LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

1869.

Ilustísimo Señor:

No sé que fatal constelacion correría cuando se me encomendó, allá por las calendas de Julio último, inaugurar las tareas del año escolar que hoy nos reúne; y digo mala constelacion, con los miramientos debidos á la deferencia y al respeto, porque solo así se explica, á no acudir á un misterio eleuxino poco accesible, que un profesor, infixo de facultad como alma de Egipcio en via de metempsicosis, venga á dirigir la palabra representando la escuela de Medicina, que es á la que corresponde este año hacer de heraldo académico.

Tanto favor no he sido bastante orgulloso para solicitarlo, ni bastante modesto para rehusarlo sin miramiento alguno: entre estas dos fuerzas estaba la obediencia, y ella imperó. Aquí me teneis, pues, obsecuente, con temor del éxito; y si tengo alguna esperanza de ser oido con atencion es porque procuraré encaramarme á la montaña de la ciencia, y el respeto vuestro á ésta hará olvidar la persona que ahora la simboliza.

Ignoro si en mi elucubracion estaré discreto, pero lo que sí sé

es que carezco de la pujanza del saber y del vigor de la juventud para lucir galas en este día festivo, y ello me hace pedir que Dios os dé paciencia para escucharme; y si os la presta, que sí la prestará por su gran misericordia, entonces ya tendreis la gracia de la indulgencia para el que se halla en este sitio. En otra ocasión fuisteis también benévolo con migo: tened al presente largueza hasta la prodigalidad, que bien la necesita quien carece de elevación imaginativa y de pompa de lenguaje.

Dice un antiguo proverbio griego, que ha trasladado á sus inmortales versos el más clásico entre los poetas latinos, que «el principio es la mitad del todo»; y como el principio son las primeras frases que se emiten, y estas, queridísimos coclaustales, quedan en el seno de vuestra bondad, mi cansancio de años y mi torpeza de ingenio se engrían en razón inversa de su debilidad, y marcha mi mente por el camino espedito de la franqueza que adquiere el huésped de su propia casa: si me estravió llamadme al orden, que aún conservo algún brío para subyugar la rebeldía al agradecimiento de la advertencia.

Esa misma lucha entre el deseo de ser fuerte y el fondo que siento de debilidad, hace que ande indeciso en la elección de asunto de que tratar, y vagando de extremo en extremo por la eterna antítesis que en lo natural y en lo artificial existe, lo mismo en las cosas que en los atributos de las personas, veo encontrados horizontes y opuestas soluciones, desde la sabiduría de Dios á la negación del ateo; desde el cayado de Caín hasta El que dió su sangre por el hombre; desde el Santo que partió su capa con el pobre, hasta el cruel Calígula que cerraba los graneros por el bárbaro placer de ver morir de hambre á las gentes; desde la informe masa de barro á la estética de la figura humana; desde el cielo de la esperanza al terrible y negro *lasciate...!* del Dante.

Por otro lado, vemos tambien antagonista parecer entre Copérnico y Tolomeo en Astronomía, entre Ciceron y Demóstenes en la Retórica, entre Galeno y Paracelso en la Medicina, entre Epicuro y Platon y entre Pitágoras y Aristóteles en la Filosofía, entre Sabino y Proculo en la Jurisprudencia, entre Escoto y Santo Tomás en la Teología, entre Pereira y Miguel Angel en la Estatuaria, así como entre Juan de Juanes y Velazquez en la Pintura.

En toda esta reseña de disparidad, ¡cuánta análisis supone!, ¡cuánta comparacion revela!, ¡cuánto estudio se presenta!, ¡cuánta variedad ofrece!; pero en el fondo una sola verdad, que simboliza la idea armónica y solidaria dentro de la opuesta forma; y es que en el campo de la trascendental Filosofía hay, para alcanzar aquella, un Mundo desconocido que el hombre persigue sin trégua, estraviándose frecuentemente; es que el hombre vive, en cuanto á la segunda, en una alucinacion psicológica; es que las ciencias no tienen fin y su principio es problemático, y se hallan, fuera de secta y de preocupacion, tan dulcemente asidas de las manos como el regocijado coro de las ninfas que imaginó la antigüedad, de modo que ninguna llega á prevalecer divorciada de las demás, y si alguna vez oscilan sus vínculos, en sí ó entre sí, es una simple tregua que sirve para anillar mas fuertemente su curítmica concordia.

Dispensadme que habiendo aparecido al acaso un asunto tan magnífico que esplanar—¡tal es la verdad trascendental, que se filtra sin buscarla!—, no le abracemos cual merece, porque há catorce años fué el hito sobre que discurrí en ocasion solemne, como la que nos tiene congregados. Y ¡qué coincidencia, Ilustrisimo Señor!: eso acaecía despues de un grave y azaroso trastorno político en al año de 1855, y ahora, despues de otro en el que se me representa lo que cuentan los poetas sucede con las olas en el estrecho del curso del Euripo, se repite mi posicion en esta cátedra.

¡Qué de reflexiones se agolpan á mi sensorio!, ¡qué combinacion de ideas cruzan por mi cerebro!, ¡qué pronósticos deduce mi reflexion!; pero ¡alto! que mis quejidos, si es que alguno exhalase, que mis plácemes, si es que mi alma se expandía, serían *vox clamantis in deserto*, y me vería espuesto, sin provecho de nada ni de nadie, á ser devorado por alguna esfinge, mas peligrosa aún que la del enigma de los estrechos de la Tesalia: marchemos pausada y sosegadamente, en el terreno frio é impasible del profesor sesudo, y nó en el del hombre de la preocupacion política, porque el catedrático con faz serena debe hacer lo que la imparcial Crónica, contar los sucesos de la índole de los que se mencionan *et ruat Cœlum*, que «el tiempo y los hechos atestiguan la verdad, y nó las ficciones humanas» que decía Ciceron, y que *ubi non est sapientia non est bonum*. Esto no obstante repetimos con Luis el *Hulín*, que «por derecho natural todo hombre debe nacer libre y seguir libre»; pero ¡cuidado, no sea que las *larvas* de la libertad, pasando por un estado intermedio de enmascarada y entumecida *crisálida*, se metamorfoseen en *imago* de imprudente licencia, exageracion fanática y cruel libertinage, y nos dejemos seducir, nó por la cordura, sinó por los estravíos de la época como Neron por la barbarie, quedando aplastados bajo la terrible avalancha del desenfreno y la anarquía! Tengamos presente, que así como de lo sublime está cercano lo ridiculo, y del acendrado amor paterno, pero poco reflexivo, puede brotar el consentimiento, la mala crianza y la perdicion del hijo, así tambien un conato de fecunda libertad puede con impaciencia, debilidad y precipitacion, arrastrar una libertad funesta.

Asunto magnífico he dicho que era para tratarse en este lugar «de las armonías y recíprocos enlaces que ofrecen las ciencias» y es principio tan generalmente admitido, que solo la limitacion de la inteligencia para abrazarlas todas á la vez, hace que el hombre

las secciones bajo el creador principio económico de la división del trabajo; mas esto no impide el que presenten afinidades *uti territorium in mapa geographica* como dice un sábio alemán del siglo del enciclopedismo.

Tomemos al asunto un ejemplo, y observemos los hechos. Se trata de estudiar al hombre, y notamos: que el naturalista le examina como especie, y como raza, y como variedad; que el geólogo analiza su antigüedad sobre la tierra y fases cataclísmicas porque haya pasado desde aquel portentoso *Fiat*, cuya luz confunde al incrédulo, que alumbrado por su ruin farolillo es mas sofista aún y cahótico que los estúpidos sectarios del intransigente ergotismo; que el etnologista procura escudriñar datos de estirpe, de cuna y de language para que el historiador averigüe los acontecimientos y sus enlaces en las diversas regiones que ha invadido; que el mismo historiador, con la sagaz tiente de su filosofía, se pregunta, ¿cómo son obra del hombre hechos contradictorios que brotan por doquier, como la existencia de la República austera y virtuosa de los Cincinatos, Fabricios y Camilos, y la viciosa y sensual epicúrea de Sila y Cayo Mario, y el atroz imperio de aquel Calígula que hizo ronzales de perlas, pesebres de marfil, cuerdas de mármol y otras extravagancias?; que el psicólogo pretende entrañarse en el alma, sacando de ella las propiedades criptológicas que dice Samper; que el médico, *interpretes et ministros Naturæ*, como le calificaba Baglivo, interrogando al anatómico y al fisiólogo para conocer el estado de salud, traza cuadros patológicos metódicamente dispuestos en convenientes nosografías generales y particulares; que el terapéuta demanda auxilios al naturalista y al químico y al físico para formar su farmacología con que curar al enfermo; que el químico á su vez, estudiando fenómenos analítico-sintéticos aspira, con razonada analogía, á una química viviente con sus leyes de dualismo, de

alotropia é isomería, de sustitucion que se aplica á la deuteropatía médica y á la metaptosis y metasincrisis de los antiguos metódicos; que el moralista vé de buscar una fórmula de bien-estar universal del hombre; que el teólogo quiere poner en relacion al hombre con Dios; que el jurisperito ordena reglas de armonía civil; que el arte de lo bello le comunica la intuicion de lo ideal; que la Retórica trasmite las bases para el *ars benè dicendi*; etc.; etc.

Ahora bien, en todas esas variedades de ejemplo, el pensamiento, el estudio recae, concentrándose de la periferia al ege, sobre el hombre, sobre el *Homo sapiens*, L., esa especie de la que decía nuestro D. Francisco Fabra, *raciocinat, invenit et inventa perficiat*, de ese hombre misterioso, esencialmente sociable, de esa criatura á quien la es aplicable aquella filosófica reflexion del escéptico Voltaire, «*que suis-je, ou suis-je, ou vais-je, et d'ou suis-je tiré?*», de ese sér único que concreta lo abstracto y crea ideas abstractas en lo concreto, que materializa las ideas por medio del pincel, el buril, el pentágrama y la imprenta, que tiene pasado y porvenir ó historia y esperanza!, que enhiesta la frente para mirar al Cielo, que ofrece en lo físico el *situs erectus* ó la bipedestacion erguida, y en lo espiritual la magnífica frase del *Nosce te ipsum, gradus primus sapientiæ* que el gran Solon hizo grabar sobre el templo de Diana en Delfos, cerca de la mitológica y pintoresca fuente de Castalia.

Pues ese hombre, cuyos puntos de vista son otros tantos estensos y variados panoramas con catalejos por donde poder observar al hombre mismo bajo ese principio acabado de espresar, tiene tan acortado el punto ocular y tan poco variado su foco de vision, que cuando mira un horizonte á una poca distancia no le vé, y si le descubre por estar cercano, los contiguos se hallan en tinieblas: tal es la limitacion de sus sentidos, tan en relacion con la intelectual como ya há mas de dos mil años se espresó por aquel filósofo

griego autor del *Nihil est in intellectu, quod non prius fuerit in sensu*, adicionado con el *nisi ipse intellectus* del gran Leibnitz, que tanto se relaciona al asunto presente.

Estas ligeras reflexiones conducen mi raciocinio á la imprescindible necesidad de reducir el círculo ú órbita que hemos de recorrer, para no estraviarnos en un laberíntico dédalo, mas complicado aún que los afamados de Creta. Por ello nos descartaremos, aleccionados en el gran libro de la experiencia, porque *non steriles trasmisimus annos*, de todos aquellos ramos de los conocimientos humanos á que por motivo de profesion ó bien por carecer de aficiones no me atreva á sondearlos por temor de una profanacion con rasgos de atrevida ignorancia ó de inesplicable audacia. Quiero decir con esto, Ilustrísimo Señor, que solo anotaré las afinidades de las ciencias conocidas con la denominacion de medico-físico-naturales, ó antropológicas segun otros entienden, ciencias que simultáneamente solicitan la observacion y la experiencia, la experimentacion y el talento.

Ya há muchos años que la Filosofia peripatética, y en el siglo XVII el animista Jorge Ernesto Stahl, sentó por axioma el *Ibi incipit medicus ubi desinit fisicus*: verdad incontrovertible que reconocida en todos tiempos, aún antes de formularla, no ha habido época ni periodo en que al recorrer la Medicina sus mas culminantes etapas no se la haya entrevisto, con frase mas ó menos idónea ó aprosimativa á su tendencia; y si nó veámoslo á grandes rasgos por la historia.

Cuando la ciencia era instintiva, nos dice la tradicion y demás fuentes cronológicas que los hombres inquirian, siquiera fuese empíricamente, los medios naturales con que aliviar sus dolencias, y los manantiales con que ablucionar su cuerpo. En este caso empezaban por ser físicos, que hoy diríamos físico-naturalistas: las tablas votivas eran los resultados espresados en místico concurso.

Convertidos los templos gentílicos en Asclepiones y Gimnasios, la exposicion de los resultados del instinto en las escuelas de Cirene, Rodas, Gnido y Cós, y las tablas votivas en preceptos, sentencias y prenociones, la ciencia se ataviaba con el magnífico ropaje que la dán sus hermanas las fisico-naturales, como así se esplica en la especial predileccion que la prestó el anciano de Larisa en uno de sus mas provechosos libros, el de *acre, et aquis, et locis*, que es un monumento de gloria, que con gran provecho aún hoy consultamos, y base cierta de las topografías médicas sobre que tanto se afanan los hombres de gran valer.

Mas posteriormente, cuando el metodismo imperaba, cuando luego la misma ciencia se hizo discutidora, y mas tarde experimental, no pudo prescindir de las bases de sus poderosos auxiliares. Y si nó ¿qué significa el naturismo de Demócrito y sus sucesores de escuela sinó la vocacion acertada de Anatomía, especial y comparada?, ¿qué la escuela mal interpretada de los polifarmacopistas sinó un muy atildado apego al uso de plantas, productos animales y minerales, del que no podemos prescindir por mas descreimientos que nos sequen la inteligencia y nos perturbe el sosiego de la esperanza?, ¿qué el yatro-mecanismo de Borelli, de Boerhaave, Rudolphi y otros sinó la necesidad, si bien no exagerada, de acudir á las leyes físicas para esplicar hechos no razonables de otro modo, y aportar remedios inhallables fuera de este terreno?, ¿qué otra significacion traduciríamos en el quimismo de Arnaldo, de Sylvio, de Valentino, de Richerand y de Baumes sinó lo ineludible que es el valernos de la ciencia de los átomos para dar acertados pasos en los hechos y en las explicaciones médicas?. ¡Oh, Señores, que la Filosofía nos enseñe algo mas que el puro extravío de secta, que la exageracion de la doctrina! Porque ¿qué vemos, qué debemos descubrir en el fondo, en el *plus ultra* de esas escuelas, de ese doctrinarismo, y á

veces de ciertas aparentes aberraciones? Pues no otra cosa sinó la necesidad etiológica de los fenómenos, de la finalidad, entrevista unas veces y demostrada otras, de los hechos; solo que el hombre manejando los elementos de la inteligencia, en tanto que su acción es objetiva ó centrípeta, interin no ha prestado de su parte mas que la atención, se mantiene en campo neutral, sin preocupaciones; pero luego que caldea su espíritu, que enorgullece su alma y hace intermediar á la imaginación, á *la loca de la casa* como la califica un profundo filósofo, entonces descarrila en la misma dirección por donde marchaba, pero fuera del rail que esbelta y gallardamente la dirigía.

En nuestros días, Ilustrísimo Señor, ¿quién que de hombre científico se tenga, puede prescindir de las relaciones armónicas que entre las ciencias médicas y fisico-naturales existen? La Anatomía y la Fisiología no son ramos técnicos, nó: son ciencias naturales; y tanto es así como que hay ilustradísimos países extranjeros donde, en la que llaman Facultad preparatoria de Medicina se estudian esas asignaturas con las de Física, Química, Botánica, Zoología, Geología y Mineralología: ciencias que en nuestro régimen reglamentario marchan asociadas en un mismo Cuadro con las de Patología, Higiene, Materia médica, Medicina legal y Toxicología, etc., cuya estructura y combinación prueban sus mútuas relaciones.

¿Cómo no ser así? Hoy no es posible—escuchad á todo hombre experimentado y de clara inteligencia—ser regular médico sin tener conocimientos de Anatomía y de Biología, de Física y de Química, de Fitología, de Zoología y de Geología; prescindir de esto es ampararse á la desnuda ignorancia, y venir á aquella estúpida fórmula de «*mi práctica*» de aquellos pobres *verederos* ó *corredores de enfermos*, que hartas veces oímos en los tribunales de exámen, para mengua de la ciencia, de los gobiernos que los impelen, y hasta

de nosotros que los solemos aprobar por una exagerada conmiseracion; es entregarse atados de pies y manos á la *causa incognita* que relaciona la peregrina y extraordinaria escritora del siglo XVI en su excelente *Diálogo de vera Medicina*.

Raya en tan trivial y tan de uso comun la persuasiva demostrada de la armonía de los conocimientos técnicos de Medicina con los generales de doctrina prévia que pudieran llamarse prolegoménicos, que me parecería ofender el recto juicio y sano criterio del ilustre cláustro de esta respetabilísima y antigua Universidad el descender á detalles, impropios además de una inaugural, porque serían tantos que nó unas cuantas páginas sinó unos cuantos tomos se necesitarían, sin alarde de hipérbole, al fin de poner delante de la vista los *nexus* de todos los ramos.

El ilustrado auditorio interpretará mi forzada reserva, y esto me basta; porque no creo, no puedo creer que haya una sola persona iniciada en la ciencia, que actualmente dijera ¿para qué sirve, qué utilidad tiene en la curacion ó alivio de enfermos, ó en la profilaxis, fines á que aspira la Medicina, el estudio del hueso, del nérvio vaso-motor, del temperamento y de la funcion, del conocimiento de la planta, del animal, del mineral y del terreno, de las leyes de gravedad, higroscopicidad, endosmose, etc., de las de afinidad, ozometría, reacciones y reactivos, y de tantas otras formas de fenómenos mas ó menos elementales de esas ciencias que hoy tanto figuran y mañana tanto dominarán? Y digo que no puedo suponer la ignorancia de esos interrogantes, pues habría que considerar al preguntador en peor situacion que en la del *statu pupillari*. Esto sería lo mismo que si un ignorante en grado máximo dijera al entrar en una madrisa ó escuela de niños, que «para qué servía el pesado aprendizaje de las letras del abecedario, pues fuera lo mas natural enseñar á leer y escribir directamente con exclusion del prévio alfabeto.»

Todo cuanto se acaba de espresar es tan patente que pasa al terreno de las cosas sencillas, y no son necesarios esfuerzos para la demostracion del problema planteado. En todos tiempos y pueblos que amaron la cultura, sin violencia se dió tal asentimiento; así es que ya los árabes y judíos con ese buen sentido, diáfano talento y grande aficion que mostraron á las ciencias en diferentes épocas, notablemente en la de los Abderrahman, Hixem y Alhakem,—digan lo que quieran Muratori y sus coopinantes—, asociaron al fundar las Academias españolas de Córdoba y de Zaragoza, de Toledo y de Sevilla, y otras, las ciencias astronómicas y naturales á las médicas, á donde con su fama sostenida por el sábio Avicena y el virtuoso Averrhoes, por el docto Albucasis y el admirable y longevo Avenzoar, por el erudito Ali-Abbas y el fecundo Rhasis, por el insigne filósofo y consumado práctico Rambam y el afortunado médico de D. Alonso el Sábío, Jehudah Mosca, y por el agudo enciclopedista malagueño Ebn-En Beihtar, etc., etc., acudían de pueblos lejanos amantes del saber, y hasta el gran Alfonso III mandaba á sus hijos á la invicta Salduba para el aprendizaje de conocimientos físicos y cosmográficos, Don Sancho de Leon se hacía conducir á la Kartuba bética para oír á los sábios sobre el remedio de su polysarcia, y los ingleses Abelardo y Daniel Mosley, y los italianos Gerardo Campaño y Gerberto ó Silvestre II y otros muchos, venían á desbistar la rudeza de sus pueblos, como dice el erudito Morejon, habiendo tenido por nigromántico al último citado, los franceses, sorprendidos del saber que á su vez desplegó en la enseñanza de su rey Roberto II.

¡No será, pues, de estrañar que, vista tanta maravilla, el dia menos pensado aparezca á las ciencias un cantor de sus armonías como en un Lucrecio le tuvieron las del Universo!

Y en efecto, Señores, y recopilando al actual órden de ciencia, sin Física ¿cómo interpretar las auscultaciones, la percusion, la

pleximetría, la micrografía, la oftalmoscopia y otros medios progresivos de exploraciones?; ¿cómo aplicar concienzuda y metódicamente el electro-galvanismo?; ¿cómo interpretar la meteorología?; ¿cómo dar valor, sin ésta, á los experimentos ozonométricos de Schoenbem con aplicacion á las epidemias de cólera, de gripe, etc.?; ¿cómo comprender la polaridad molecular y atomística del inglés Davy y del sajón Berzelius que tanto aguijoneó al orgullo científico de la Francia sábia en tiempo del primer Napoleon?; ¿cómo significar á nuestro valor científico todas aquellas máximas de precioso sentido que el oráculo de Cós puso en su libro de *Coeli qualitate*?; ¿cómo responder al *siderum in corpora humana influxus médico*, ó al *significatione vitæ et mortis secundum motum lune et adspetus planetarum*?; ¿nos atendremos en esto al absoluto y exagerado *verum* ó *Ens astrale* de Paracelso, al relativo *debilem* de nuestro paisano el gran médico D. Luis Mercado, ó al *falsum* del divino Valles que purgaba á su cliente Felipe II «cuando la luna no lo veía», según él irónicamente contestaba á las dudas?

Sin Química, ¿cómo comprender los fenómenos digestivos, explorar los de asimilacion y de descomposicion, analizar los humores para facilitar el diagnóstico ó ilustrar á la Fisiología y otros ramos?; ¿cómo desechar la imperiosa teoría del flojista del médico de Auspach sin la doctrina de la combustion y del dualismo del desventurado Lavoisier, cruelmente arrebatado por la guillotina de la Convencion?; ¿cómo comprender la eremacausia fisiológica sin la eremacausia química de Liebig?; ¿cómo averiguar la composicion del *pabulum vitæ* que decía Hipócrates del aire, primer elemento de la Higiene y el mas principal estímulo del pulmon?; ¿cómo, en fin, sin la ciencia de las proporciones definidas y de los equivalentes, se prepararían los medicamentos y se conocerían, al par que las sustancias sinérgicas, las incompatibilidades ó anatagonismo de otras, brecha abierta á la

reputacion facultativa, y mas aún á la sanidad del enfermo? Con razon decía en el siglo XIII Rogerio Bacon con admirable sentido, que esta ciencia era la perfeccion de la Filosofia natural. ¡Qué diría hoy!... ¡Qué diría mañana!!!

Sin la Botánica, Zoología y Mineralogía ¿cómo estudiar con provecho la Materia médica, que no es sinó la aplicacion de los conocimientos que prestan aquellas ciencias?; ¿cómo familiarizarse con la metodología de las Nosografías?; ¿cómo penetrar en la instruccion que encierra aquel aforismo Linneano de *Plantæ quæ genere conveniunt, etiam virtute conveniunt; quæ ordine naturali continentur, etiam virtute propius accedunt?*

Sin la Zootomía y Biología ¿cómo comprender cual se debe la Anatomía y Fisiología especiales?; ¿cómo identificarse en el trascendental principio de *Omne vivunt ex ovo* del gran Harveo?; ¿cómo penetrar en las inmensas aplicaciones de la controvertida circulacion sanguínea, tan bien preparada por nuestro castellano viejo Francisco La Reyna y el aragonés Serveto quemado en Ginebra por la cruel venganza y ciego fanatismo de su émulo el *sacramentario* Juan Calvino?; ¿cómo resolver infinitas cuestiones de recíproco enlace, que por lo numerosas sería enojoso traer á este lugar?

Sin la Geología ¿cómo llegar á inquirir la influencia de los terrenos en las endemias y epidemias, ya por la orografía de aquellos, ó ya por su naturaleza y estructura?; ¿cómo cumplimentar la indicacion del *terrarum differentie á médico observanda* del padre de la Medicina, y la del *morbi regionis peculiaris* del mismo autor?; ¿cómo iniciarse siquiera en la Hidrología, que tanto atractivo presenta en la teórica y en la práctica?; ¿cómo penetrar y comprender los estudios de Federico Hoffmann, el célebre catedrático de la Academia de Halle, en muchas páginas del tomo IV y algunas del I de su *Opera omnia physico-medica*, y en su *Opuscula de aquis mineralibus, earumque salutari virtute?*

Sin Anatomía normal ¿cómo se conocerá la patológica y el lugar de las lesiones?

Sin Fisiología ¿cómo poder comprender las alteraciones funcionales, que es el estado enfermo?

En fin, ¿cómo dar un paso seguro y garantido por el saber en el *juditium difficile* del sublime Asclepiadeo sin poner en juego armónico todos los datos del complicado problema de la mas humanitaria de las ciencias?

¡Con razon sobrada, pues, ha escrito el gran profesor de la *Sapientia* en Roma, «*In Medicina multa scire*»!, aunque sea conveniente hacer aplicacion del *pauci vero electi* con el criterio de la sana é ilustrada crítica. El proceder de otro modo es no cumplir con nuestros semejantes, es engañarse á sí propio; y ambas cosas son rechazadas por la conciencia, ese grito providencial que á modo de espada de Damocles amenaza al pecaminoso á sabiendas y sobre el ignorante por voluntad. Quitad en un arco cualquier pieza del arquitecno, y la arcada viene abajo; separad una empena del cornisamento, y la obra será un informe monton de cuerpos sin enlace; revolved las letras de un elocuente discurso, y la sublime inspiracion que aquello representaba se convierte en grava de *pastel*; destrozad la estatua del apolo de Fidias y la de la Venus de Milo, y aquellas obras maestras de arte y otras que pudieran citarse salidas del Partenon ó de la inspiracion estética, las vereis convertidas en mudos fragmentos; despedazad un lienzo de Murillo, y aquella dulce y candorosa virgen y aquel transparente cielo que la envolvía y ámbos llenaban el cuadro, no son sinó girones sin language.

Pues esa es la ciencia: es sublime ínterin se la armoniza y se la hermana con los lazos de la fraternidad que representan el conjunto de enlace, de proporciones, de orden, de un todo armónico, en fin. Pero divorciadla, romper sus eslabones, quitadla los tránsitos de

suave osculación y las penumbras que la dan variedad en la unidad y unidad en la variedad, y la ciencia aparecerá como un aglomeramiento de hechos sin enlace, un indigesto *magma*, del que brotará el ciego empirismo como brota la mala yerba en el erial, como nace la repugnante Vulvaria de la ingrata escombrera. Y por el contrario, que la ciencia aparezca ataviada con la belleza de sus prendas, con el trage de su propia vivienda, sin el cruel é injusto descarnamiento en que unos la desean, como tampoco sin la fastidiosa alharaca de la pueril vanidad ó de la ampulosa pretension, y en ese caso ¡bendito sea el horizonte que de cerca y de lejos descubre!, ¡bendita sea la ciencia que comprueba la armonía, el *consensus* hipocrático!, ¡bendita mil veces sea porque nos presta la ocasion de confundir nuestros alientos, de adunar nuestros esfuerzos y de saludarnos con la apacible concordia que tanto necesita el corazon en todos tiempos, y más en los inmediatamente por ver, amenazados de hondas perturbaciones que cual fuertes crisis pudieran comprometer la vida del paciente!, ¡bendita, por último, sea la ciencia, porque ella es símbolo de verdad, y la verdad es el inseparable atributo del hombre tranquilo y bueno y útil!

Y hé aquí deducida, por solo el vigor de la misma verdad, la síntesis de lo que tú, hermosa juventud, estás llamada á cumplir: *tranquilidad* en la vida pública y privada, y así librarás de la pasión, que es lo mas perjudicial al hombre porque le venda el entendimiento, atributo de la racionalidad: *bondad* porque así serás moral y por consecuencia con colmo de virtud, siéndote aplicable aquella preciosa frase de «paz en la tierra á los hombres de buena voluntad»; y el hombre sin pasiones violentas, que posee razonamiento y virtud es útil á sí, á sus semejantes y á Dios, los tres deberes que cual estrella de Jacob le conducen al bienestar.

En medio de esa felicidad no os arredre, queridísimos escolares,

tal cual padecimiento físico ó moral que se interponga en vuestro camino, pues este globo de terrícolas es un purgatorio sublunar; y sinó recordad el remedio que Demócrito daba para que resucitára la madre de Darío, que era escribir sobre la tumba el nombre de una persona que no hubiera padecido sobre la tierra.

No os inquieten tampoco las injusticias ó iniquidades de los hombres, que los malfacedores en ellas llevarán el castigo: *qui gladio occiderit, gladio peribet*; y que os suceda lo que á aquel célebre personaje de la antigüedad, que creía perdido el día que no habia hecho un beneficio.

Huid de la vanidad, recordando como correctivo, que para un Meneerates hubo un Filipo que le humilló, y que la ciencia es humilde y deferente: la soberbia es prenda de ignorancia y de despotismo.

No tengais la impaciencia que va siendo endémica en la juventud, porque el fruto anticipado siempre es inmaduro, insípido y harto peligroso: no olvideis el *sat cito si sat bene*, porque jamás tendreis motivo razonable de arrepentimiento por haber sido aficionados de mucho tiempo al estudio de las ciencias, que dice el gran Canciller.

Trabajad día y noche, *nocturna versate manu, versate diurna*, que ese es el destino que todos tenemos desde que Dios impuso al hombre el *in sudore vultus tui vesceris pane*, sudor que lo dá el trabajo mediante la corriente económica del cuerpo y de la inteligencia, segun espresó en solemne ocasion nuestro actual Ministro de Fomento Sr. Echegaray. El que desee el progreso legítimo, el de ley de copela, no el de *dublé* ó de similar, cuente que aquel está en razon compuesta del talento y del trabajo, como ha sentado Bouillaud.

Y esta recomendacion es ahora mas urgente que nunca, porque las libertades que se os han dado obligan mas al estudio, y solo

de ese modo puede comprenderse el giro de impaciencia liberal, como ha dicho el elocuente Castelar, comunicado á la enseñanza desde há un año que llevamos de tanto; y de vosotros depende, y no poco, queridos estudiantes, el arraigar un sistema que puede ser bueno en mucha parte con sobresalientes alumnos, y muy malo en todo con gente aragana, torpe y vanidosa.

Atended á vuestros catedráticos, no con la exagerada pretension por mi parte del *magister dixit, ergo ita est* del antiguo oscurantismo, del cual procuro apartarme como de abrasadora rescoldera, sinó con el *ad utilitatem est omnia consilia factaque nostra dirigenda sunt*, que ellos os conducirán á la ilustracion y al saber, y vosotros dareis así pruebas de vigoroso respeto fortaleciendo prácticamente el principio de autoridad, tan relajado en todas sus formas, desde la irrespetabilidad al parecer mas trivial hasta la disolvente indisciplina y la incalificable rebelion de clases y personas, con mengua del pudor y de la moral, de la tranquilidad pública y de las respectivas subordinaciones sociales.

Y vosotros, alumnos premiados y distinguidos por la aplicacion en las diferentes asignaturas de las facultades de Derecho, de Medicina, de Ciencias y de Letras, que vuestras miradas sean bendicion que mandais á esos profesores que os han conducido por el camino del deber como estímulo á nuevas conquistas, y á vuestros compañeros dedicadles el *fratres amaturum* del Oráculo griego, siendo mi deso que el Cielo os infunda á los unos el saber de Solón y de Licurgo, el génio Hipocrático á los otros, á los terceros el talento de un Newton, á los últimos la inspiracion literaria del manco de Lepanto, y á todos la virtud y ciencia Socráticas.

Dr. Pascual Sastor.